

R. 2347

EN MEN.

Madrid... 6
Prec. 2 meses... 20

EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS. -- SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Cuatro pliegos y un cuadro de la HISTORIA UNIVERSAL, por Coslanzo.

LOS PASEOS DE MADRID.

¿Se pasea en Madrid? Si y no. Las gentes ocupadas, que son las mas numerosas, se pasean andando, y sería mas justo decir que de prisa y corriendo, cuando van á sus negocios. Este ejercicio forzado por la estension de la coronada villa de Madrid sirve de compensacion higiénica á los que no pueden dejar el aire espeso y sofocante por una atmósfera mas pura y vivificadora, y se hallan clavados de ordinario en un bufete, en un mostrador, ó en cualesquiera otras ocupaciones demasiado sedentarias.

Y tal vez sea este el mejor paseo. Ir hacia adelante sin objeto ni fin y únicamente por andar, no puede ser sino el resultado, ó de una imaginacion exaltada, que da inmenso valor, ó de una variedad absoluta de cerebro, ó de terrores dignos de Argante.

«El doctor Pulgon me ha mandado que de cada mañana diez paseitos en mi cuarto; pero se ha olvidado decirme si debian ser á lo largo ó á lo ancho.»

«El paseo, dice Voltaire, que viajó mucho, pero que andaba poco, es el primero de los placeres tontos.»

Temo que tenga razon. Y lo que lo probaria es que el pueblo menos insipido de la tierra, el pueblo inglés, es muy poco paseante. Ahora, vagar, pase; pero esto es cosa muy diferente.

El paseo es una cosa deliberadamente corporal, aunque afortunadamente no está prohibido mezclar con él la distraccion del espíritu; pero cuando éste interviene no es sino como un fenómeno secundario. Los mas, frecuentemente se abstienen de esto último, y dejan estúpidamente andar á las piernas, que llevan, Dios sabe á donde, á Cesar, con ó sin su fortuna.

El vagar por las calles es, al contrario, esencialmente intelectual, y de aquí proviene que es un descanso, un placer empuente en las grandes capitales. Allí es la cabeza la que dirige todo, y algunas veces la que lo estravía todo. Todo le atrae, todo le detiene. Una tienda que ostenta sus mil mercaderías, á cual mas caprichosa y mas bonita, como en los tiroleeses. un regimiento que pasa, las guardias que se mudan, y algunas veces una niña en la calle ó un saltimbanquis que trabaja en cualquiera de las plazuelas. Hace á cada instante stopper su espíritu locomotivo como un conductor de omnibus, y cree algunas veces haber andado mucho, cuando despues de dos ó tres horas casi se encuentra en el mismo sitio, y no parece sino que ha marchado al paso de la tropa.

En Madrid hay pocos paseos.

En Madrid no se pasea aunque el médico lo mande. se rabia. Fuera de puertas. Ya que nada de agradable ni de ameno tiene el campo, al menos es puro el aire;



pero las gentes de tono se degradan en tomarle. ¡Cuánto mejor es el Prado,

ha dicho nuestro célebre poeta cómico don Manuel Broton de los Herreros en su lindísima comedia *A Madrid me vusivo*.

Uno de los principales paseos de Madrid es el Prado, ese magnífico paseo que forma el orgullo de los españoles, que creen que no hay otro igual en Europa, pero que van perdiendo esta creencia porque, facilitados los medios de vagar, muchos de ellos han visto los Campos

Eliseos de Paris y el *Parque del Regente* de Londres. El paseo del Prado es el paseo por excelencia de los madrileños. Allí se reúnen todas las tardes las clases escogidas de la sociedad, ya á pie, en coche ó á caballo, y entre los primeros se ve á los jóvenes elegantes y amadores seguir con los lentes á las señoritas, deslizándose al pasar junto á ellas, un suspiro, una lánguida ó suplicante mirada, ó algunas entrecortadas palabras en voz casi perceptible; á otros poseionarse de una de aquellas prosáicas sillas para ver pasar mas cómodamente la gente ó aguardar el objeto por que suspira su corazón, y por último algunos que embelesados con la vista de tantas y tan resplandecientes

bellezas como allí acuden, se quedan pacíficamente dormidos soñando tal vez en las voluptuosidades del Eden prometido á sus creyentes por Mahoma.

Las rústicas sillas de que se halla lleno el Prado, y que hay á veces que conquistar con mas trabajo que uno de los sillones de un ministerio, dan una triste idea de los adelantos de nuestro país á los extranjeros que concurren al célebre paseo. Nosotros nos sentamos algunas veces en ellas, y recordamos siempre el gracioso epigrama de Broton de los Herreros.

Al lado de Apolo, el nimen, el protector de las artes.

aquel batallón de sillas
tan poéticas, tan ínfimas.
¡Qué allí! que de acordarme
me están temblando las carnes.

El paseo del Prado dividido en tres grandes salones, es mas frecuentado precisamente en el mas pequeño y estrecho, que los elegantes denominan de Paris. En él se apaña la gente hasta formar una masa humana compacta; hay pisotones, rodazos, magullamientos; falta el aire para respirar y está uno á punto de asfixiarse, deteniéndose algunos minutos de circulación. Entonces, dicen los aficionados, el Prado está delicioso.

Mas arriba está el Retiro, preciosos jardines reales donde el ambiente es muy puro, y cuyo paseo indudablemente es el mas sano; pero no es el mas concurrido porque presentando grande espacio no reúne la circunstancia indispensable para los paseantes madrileños de presar las gentes.

La Fuente Castellana, paseo moderno debido al celo del corregidor don Domingo Barrofin tiempo del rey Fernando VII, es un paseo fuera ya de puertas, y no es mas que una prolongación del Prado hasta la Fuente que le ha dado nombre. Este paseo es mas concurrido por la gente de coche que por la de á pie.

El de la plazuela de Oriente es tambien moderno. Forma una elipse cuyo centro ocupa la estatua ecuestre de Felipe IV, aquel rey poeta y galante á quien se debe el embellecimiento del Retiro. A los lados hay otros dos jardines, formando el todo un sitio muy agradable. De este paseo, que tiene la ventaja de estar casi en el centro de Madrid, se ha apoderado casi exclusivamente la infancia con sus juegos de aro, de la comba, del corro, y otros muchos, y con sus alegres gritos llenan de gozo á las madres y á las nodrizas. Con las cochecitos y los otros juegos los niños y las niñas pasan horas enteras solazándose y llenando la plazuela con sus infantiles gritos cantando el

—Al limon, al limon, que se han roto las fuentes;

- Al limon, al limon, mandarlas componer;
- Al limon, al limon, no tenemos dinero;
- Al limon, al limon, nosotros lo tenemos;
- Al limon, al limon, ¿de qué es ese dinero?
- Al limon, al limon, de cascaron de huevo;
- Al limon, al limon, pasemos, caballeros.

y otros no menos inocentes é insustanciales, pero en que se divierten grandemente. Los niños de Madrid son los mas graciosos, y probablemente los mas felices del mundo, y sería difícil desalajar la plazuela de Oriente de estos inevitables conquistadores. Tambien ha habido progresos para ellos. Antes estos filiponenses españoles tenian sentados sus reales en la plazuela de Santa Ana, que hoy ha quedado únicamente destinada para la venta de los pájaros y la contratación de los cómicos de la legua.

Hay otro paseo antiquísimo que podríamos llamar el paseo de los filósofos el cual es el de Atocha, en la subida al Observatorio; pero este es un paseo enteramente aristotélico.

No mencionamos el paseo del rio, porque es un paseo desierto para las gentes elegantes, si bien muy frecuentemente, los dias festivos en especial, las criadas de servir, lavanderas, asturianas y gallegos, bajan á la ermita de Nuestra Señora del Puerto, formando sus oasis seductores los magníficos árboles que guardan en la orilla del humilde Manzanares. Allí forman sus rondas y sus bailes hasta el anochecer, y generalmente terminan á garrotazos, esclatado el amor patrio de los asturianas, sosteniendo unas que el concejo de Pravia debe vivir, replicando otras que solo al de Pilonia le corresponde el derecho de existencia, resultando de sus argumentos *ad tertorem* que un puñado de los convecinos quedan á punto de no volver á ver sus convecinos queridos entrañablemente.

Estos son los paseos que posee Madrid; si mientras ó me engaña imponiéndome una pena que desde el invierno estoy sufriendo por sufrirlos; es decir, enviarme mis lectores á paseo.

JOSE MUÑOZ GAYRIA.

LOS CUATRO LOCOS.

Cuatro bracones iban á una de esas grandes comidas que se tiene costumbre de ofrecer en diferentes circunstancias á los miembros de esa casta. Habían salido cada uno de diferente pueblo, y por casualidad se habían encontrado en el camino. Hallaron á un soldado que venia en direccion opuesta á ellos. Saludólos éste como es costumbre saludar á los bracones, y estos correspondieron á su saludo siguiendo adelante.

No lejos de allí descubrieron una fuente y sentáronse á refrescar en ella, y uno de ellos suscitó la conversacion de lo atento que era el soldado que acababan de encontrar, diciéndoles que lo había saludado con mucha política.

—No es á ti á quien ha saludado, le contestaron sucesivamente los otros tres compañeros pretendiendo cada cual que el saludo solo habia sido á él.

Acalorábase la disputa de los cuatro compañeros, y casi iban ya á venir á las manos, cuando por felicidad uno de ellos, algo mas prudente, les propuso un medio de evitar la discusion, y era el volver atrás, puesto que el soldado no estaria muy lejos, y preguntarle á cual de los cuatro era al que había saludado.

Tal como lo pensaron así lo hicieron. Volvieron pies atrás, encontraron al soldado, y le hicieron su pregunta. El soldado, queriendo divertirse con la sencillez de los bracones, les respondió con mucha sangre fría:

—Pues bien, al mas loco de los cuatro he querido saludar.

Y sin decir mas palabra, les volvió la espalda y prosiguió su camino. No quedaron mas satisfechos que lo estaban antes los bracones y así todo el camino continuaron pleiteando pretendiendo cada uno de ellos que era el mas loco. Pero como no bastaba la afirmacion de cada uno de ellos para convencer á los otros, acordaron el someter su querrela al tribunal de la ciudad inmediata á donde se dirigian. No podian presentarse en momentos mas favorables: los magistrados de la ciudad se hallaban precisamente reunidos y aquel dia no tenían en el tribunal causa alguna seria que juzgar.

Adelantóse uno de ellos, explicó al tribunal el negocio que á su presencia leia la conducta, sin omitir la menor circunstancia sobre la cuestion de salud y de la ambigua respuesta del soldado.

Provocó esta relacion mas de una vez las carcajadas de la asamblea, y el que presidia, que era un hombre de buen humor, se alegró mucho se le presentase tan buena ocasion de divertirse. Tomando un aire serio é imponiendo silencio á todo el mundo, les dijo:

—Como sois extranjeros y desconocidos en la ciudad no es posible decidir el hecho del litigio por medio de testigos. Así, no veo otro medio mejor de hacer vuestra prueba que el que cada uno de vosotros haga conocer sucesivamente algun rasgo de su vida que patentice evidentemente su locura. Despues de oiros podremos decidir cual de los cuatro tiene derecho á la superioridad en este género, y por consiguiente á cual de los cuatro saludó el soldado.

Conformáronse los pleiteantes, y uno de los Bracones dijo:

—Aunque me veis cubierto de harapos no siempre he estado así: mi miseria data de la aventura que voy á contar: Un rico mercader, muy caritativo con los bracones, me regaló hace algunos años dos piezas de lienzo, el mas fino que se ha visto. Lo enseñé á todos y no se ganaban de admirarlo. Antes de hacerme ropa con él fui á lavarlo, segun costumbre, á fin de purificarlo de las manchas que hubiera podido imprimirle la mano del tejedor y del mercader. Lo puse á secar colgado por las dos puntas de unas ramas de árbol, cuando pasó un perro por debajo. Yo no lo vi sino cuando estaba á alguna distancia y no pude asegurarme de si lo había tocado, y por consecuencia manchado. Mi hijo, á quienes pregunté, no habían visto nada. ¿Cómo sale de la duda? Para conseguirla me puse en cuatro patas, tendiéndome á la altura de un perro, y en esta postura pasé por debajo

del lienzo. Pregunté á mis hijos si lo había tocado y me contestaron que no. Sin embargo, reflexioné un momento despues que el perro tenia su cola alzada y que podía haber tocado la tela con aquella parte exuberante de la espalda. Alormentado con esta duda me planté una especie de cola, y volví á ponerme en cuatro patas, y pasé encargando á mis hijos que mirasen bien. Estos me dijeron que la cola había tocado ligeramente. Entonces, no dudando que lo mismo había sucedido con el perro, en un transporte de cólera que no pude dominar, hice pedazos la tela, y la arrojé al rio.

Esta aventura se hizo pública y todo el mundo me trató de loco. Uno decian: aun cuando un perro hubiese dejado impura la tela por su contacto, ¿no podía purgarla lavándola segunda vez? Y otros, ¿no valia mas haber dado esta tela á los pobres que haberla hecho pedazos? Desde entonces nadie ha vuelto á darme tela para cubrir mi cuerpo porque, decian, sería capaz de volverla á hacer pedazos.

Terminada así la relacion del primer bracon, uno de los jueces le dijo:

—Parece que sabeis andar bien en cuatro patas.

—Lo hago perfectamente, dijo el bracon; lo vais á ver.

Y al mismo tiempo se puso en cuatro patas, y dió dos ó tres vueltas por el tribunal.

—Bueno, dijo el presidente, gran prueba es la que acabas de hacer en vuestro favor; pero antes de decidir nada, veamos las pruebas de locura de los otros.

Otro bracon dijo así.

—Siendo muy jóven la muger con quien me habían casado, continué viviendo siete ó ocho años en casa de sus padres. Llegada á la edad de la pubertad me advirtieron los padres que fuese por ella. Estando indispueta mi madre no pudo venir conmigo. Me encargó que fuese á buscar mi muger y que la mirase con la mayor consideracion. Me recibí perfectamente mi suegro, hubo grandes festines en la casa, me entregó mi muger, y nos despidió llenándonos de regalos y vertiendo un torrente de lágrimas en el momento de la despedida. Parecia que presentia la desgracia que iba á suceder á su pobre hija.

Nos hallábamos muertos de calor y aun temíamos que atravesar un llano de cerca de dos leguas de estension. La arena calentada por el ardor del sol abrasaba las plantas de los pies de mi jóven compañera, criada con tanta delicaza en la casa paterna, y no acostumbrada á semejantes fatigas. Pásose á llorar, la cogí de la mano y la animé lo mejor que pude; pero no pudiendo adelantar un paso se tendió en el suelo decidida á morir allí.

Pasó entonces, cuando me hallaba mas desesperado, un mercader que conducia un gran número de bueyes cargados de mercaderías. Le conté mi cuenta y le pedí consejo. Acercóse el mercader á mi muger, y me dijo que el calor sofocante que hacia iba evidentemente á comprometer su vida, ora permaneciese allí, ora pasase adelante, y me propuso que mas bien que tener el dolor de verla perecer á mis ojos y pasar por la sospecha de haberla yo muerto, era mejor que él la montase en uno de sus bueyes, se la llevara, y evitarla así una muerte segura.

—Queda pérdida para vos, continuó, es verdad, pero al menos tendreis el consuelo de haberla salvado la vida. En cuanto á sus alhajas pueden valer unos veinte escudos; aquí tengo veinte y cinco y dadme vuestra muger.

El razonamiento de aquel hombre me pareció concluyente y sin réplica. Acepté el dinero que me ofrecia, rogó á mi muger, que era muy bonita, la sentó en uno de sus bueyes y continuó su camino. Yo tambien continué el mio, y llegué á mi casa con los pies abrasados por el calor de la arena sobre la que había caminado toda el dia. Cuando mi madre me preguntó por mi muger y la dije lo que había pasado, montó en cólera y me trató de loco y miserable hallándose venida por tan poco dinero á una muger noble y bonita. Cuando lo supieron los parientes de mi muger vinieron con lágrima de maltrato. Solo me pude librar sustrayéndome á su presencia; pero habiendo acudido al juez me

molieron en cincuenta escudos y me trataron de loco. Así he continuado permaneciendo viudo porque ninguna mujer quiere casarse conmigo.

El tribunal halló buenos estos dos rasgos de locura; pero no podían adoptar determinación alguna sin oír á los otros dos.

El tercero se puso á hablar, entrando en materia, y dijo que teniendo que ir á una gran comida que le ofrecía una gente devota, llamó á un barbero para que le afeitase la cabeza y la barba. Terminada la operación pasó á su mujer que diese al barbero su paga, y la mujer por aturdimiento le dió dos cuartos en vez de uno. En vano existió el dió barbero que la devolviese su cuarto, éste se resistió, y fueron tantas las maldiciones que se echaron y las desvergüenzas que se dijeron, que por último el barbero se conformó con volver el cuarto con tal que mi mujer se dejase afollar la cabeza. La mujer al oír esta proposición, que como sabéis es signo de deshonra, quiso escaparse; pero el barbero la cogió, la obligó á sentarse, y armado con la navaja la afeitó completamente la cabeza. Gritaba la mujer, pidiendo auxilio á su marido, pero éste prefería que la afeitara la cabeza á perder un cuarto. La mujer insultada de esta manera acudió á su familia, vinieron todos y llenos de cólera le dijeron mil perrerías y le creyeron loco completo. Por supuesto que faltó á la comida á la que se había preparado por tres días de ayuno, y siempre que salía de su casa le silbaba la gente, castigándole así por la infamia que había cometido con su mujer. Fundada ante el juez le obligaron á decir el delito y con quién lo había cometido su mujer, porque no podían persuadirse que un hombre por un cuarto tratase tan bárbaramente á su esposa. Cuando afirmó con juramento que ningún motivo tenía más que el de recuperar el cuarto, el tribunal le declaró el loco mas rematado que había en el mundo.

—Así, espero, añadió el braman, que este sabio tribunal confirmará el juicio del magistrado de mi país.

Faltaban por los títulos del cuarto braman, y habiéndole mandado hablar, dijo:

—Yo me llamo Manaba y soy conocido hoy por Betel-Manaba, y he debido este mote al suceso siguiente:

Hacia un mes que mi mujer, que había permanecido hasta entonces en casa de sus padres por ser muy jóven, había venido á habitar á la mía. Una noche al acostarnos, no sé con qué motivo, la dije que las mujeres eran habladoras. Me replicó vivamente y sin vacilar que conocía á hombres que eran mas habladores que las mujeres. Comprendí que lo decía por mí, y estremadamente picado la dije:

—Vamos á ver cuál de los dos hablará primero.

—De buena gana, respondió ella. Pero, ¿qué dará al otro el que pierda la apuesta?

—Una hoja de betel, repliqué yo; el betel es tan barato que dan treinta ó cuarenta hojas por un ochavo.

Consentidos en la apuesta nos echamos á dormir sin proferir ni una sola palabra más.

A la mañana siguiente, al amanecer, nos llamaron á cada cual por el nombre y no respondimos. Gritaron mas y siempre el mismo silencio. Dieron golpes á la puerta, y no obtuvieron mas resultado. Esparóse la alarma en toda la casa: temieron que hubiéramos muerto repentinamente los dos. Llamaron al cerrajero de la ciudad, abrieron la puerta, y no se sorprendieron poco al ver á uno y á otro con los ojos abiertos, frente uno de otro, y pareciendo ganar de la mas completa salud. Nos creían privados del uso de la palabra; intentaron diversos medios para hacernos hablar, pero no lo consiguieron. A los gritos de mi madre todos los bramanes de las inmediaciones acudieron. La casa se llenó de gente. La opinión que prevaleció fué que aquello era un encantamiento, un maleficio causado por un enemigo secreto. En esta persuasión hicieron venir á un mago de la vecindad para desencantarnos. Cuando éste llegó hizo mil circos mágicos, pronunció palabras estrafalarias, nos pulsó, en una palabra, dijo tantas cosas que falló poco para que reventáramos de risa. Dejose pagar un precio exhor-

bitante por las majaderías que había hecho para desencantarnos, y viendo que nada conseguía, la familia llamó á un médico. Este hizo traer un caldero, derritieron en él una barra de plata, y cuando ya estaba bien derretida, cogiéndola con unas tenazas me la echó en las plantas de los pies, en las de las manos, en la boca del estómago, y en la cabeza.

Sufrió este horrible tormento sin proferir la menor queja: mejor hubiera querido morir que tener la vergüenza de perder la apuesta que había hecho.

—Ensayemos el remedio en la mujer, dijo el médico operador un poco desconcertado con mi ferocidad.

Aproximóse á ella y la echó una gota de plata en la planta de un pie. Apenas había sentido la primera impresión, cuando retiró la piedad y exclamó:

—Basta, basta. Volviéndose en seguida á mí: he perdido la apuesta, añadió; te debo una hoja de betel.

—Ya te había dicho que tú hablarías, dije yo. Tú justificas lo que te dije anoche al acostarnos, que las mujeres eran habladoras.

—Sea enhorabuena.... dijo; no volveré á apostar.

No comprendían nada de esta escena los espectadores, mirándose los unos á los otros con asombro. Les expliqué lo que había sucedido.

—No se concibe locura semejante! exclamaron todos. ¡Alarmar á todo el barrio, dejarse quemar los pies y la cabeza, y todo eso por ganar una hoja de betel! en el mundo será imposible encontrar un cerebro mas débil que este.

Desde aquel momento me llaman Betel-Manaba.

Oídas las relaciones de los cuatro pleiteantes y los irrefragables pruebas de sus locuras, el tribunal decidió que tenían igual derecho á la bien fundada superioridad que pretendían en aquel género. Cada uno de ellos, pues, podía individualmente atribuirse el privilegio de decirse mas loco que los otros tres y tomar por su cuenta el saludo del soldado.

—Los cuatro habiendo ganado el lauro, les dijo el presidente. Marchad y continuad vuestro camino en paz, si es posible.

Satisfechos de un juicio tan equitativo se retiraron los viajeros gritando á porfía:

—¡He ganado! ¡he ganado! ¡soy el mas loco!

J. M. GAVIERIA.

EL TESTAMENTO.

(Conclusion.)

IV.

LA PETICION DE MATRIMONIO.

La vida volvió en aquella casa á tomar su acostumbrado curso; pero Luisa se hallaba mas triste y mas inquieta. Cuando el viento sopleaba y levantaba las olas del Escalda, y la tempestad agitaba hasta en el puerto los mástiles de los navios pensaba en Jorge, Jorge espuesto á los peligros de la mar. Una vez, durante una de esas noches de libertad, sola con el magistrado, y sabiendo que la voz pública le había instruido de la marcha de su hijo, se atrevió á decir:

—El buque en que va mi hermano tal vez se halla en peligro.

—Ya sabéis, respondió el anciano, que no tengo hermano; ni yo tengo mas hijo que vos.

—Padre mio, vuestras bondades me peacoran, pero el pobre Jorge....

—Luisa, acordaos que el que escusa la rebelión está próximo á tomar parte en ella... Acordaos tambien que está prohibido el hablar de este asunto en mi casa.

No se atrevió Luisa á arriesgar otra tentativa. Todos los dias espía la ocasion favorable. Buscaba una coyuntura por donde palabras de paz y de reconciliación pudiesen penetrar hasta el alma de su padre; empero sus esfuerzos eran inútiles.

Cinco años habían pasado desde el momento en que Jorge había abandonado el paterno hogar. El señor de Tillegghem, agobiado menos aun por los años que por los largos trabajos y el roedor pesar que llevaba en su seno, sentía declinar rápidamente sus fuerzas y su vida. Había renunciado á los diversos empleos que ocupaba; pero tenía frecuentes entrevistas con gentes de negocios. Por último, un dia hizo llamar á Luisa á su gabinete. Fué ésta á ponerse á sus órdenes; y cuando estuvo delante de él la dijo con afabilidad:

—Hija mia, la edad avanzada para mí, y desearia antes de abandonar el mundo verte felizmente casada, y entre los partidos que se han presentado he elegido uno, es el conde de Vivario.

Ruborizóse Luisa al oír aquel nombre.

Pablo de Vivario era el heredero de una de esas familias españolas que Carlos V llevó á los Países Bajos. Lo había encontrado con frecuencia; parecia valiente y leal, y su recuerdo había dejado una favorable huella en la memoria de la jóven.

—Este matrimonio, continuó el señor de Tillegghem, es aceptable bajo todos aspectos. Vivario es de una antigua nobleza: su fortuna es igual á la que poseeréis un dia, única heredera de los bienes de tu casa: hacen grandes elogios de su conducta y de su carácter. Puedo, pues, esperar que seréis feliz, tanto cuanto es posible serlo en este miserable mundo.

—Padre mio, dijo Luisa cogiendo las manos del anciano, mi querido padre, yo no deseo mas felicidad que la que disfruto á vuestro lado. ¿Por qué queréis alejaros de vuestra hija? Permitted que os explique compais ese proyecto, y me dejéis toda entera consagrarme á los únicos deberes que quiero conocer, á las únicas alegrías que quiero aceptar.

Reflexionó el magistrado. Habitado á los cuidados de su hija conoció anticipadamente la privación; y el egoísmo, que sin saberlo se mezcla siempre á las mas puras ternuras, aconsejaba como Luisa: ¿por qué alejar á vuestra hija?

—¿No deseais casaros?

—No, padre mio.

—¿Os disgustaria Vivario?

—Lo conozco poco.... lo aprécio.... pero ninguna suerte puede ser mejor para mí que la que posco.

Y al decir estas palabras, Luisa había bajado los ojos, tal vez cómplices de su corazon, y que hubieran descubrierto algunos pesares.

El señor de Tillegghem replicó:

—Queréis ser la fiel compañera de los ancianos días de vuestro padre, hija mia: Dios que os inspira esa voluntad os bendiga, y que el designio que os pone en el corazon se verifique.

Besó Luisa la mano de su padre, y salió del gabinete. Bien pronto, seguida de una antigua criada, fué á la catedral donde oró largo tiempo.

V.

LA MUERTE.

Los presentimientos del anciano magistrado no le habían engañado. Dos meses despues de esta conferencia con su hija fué atacado de una apoplejía. Salvado de la muerte por sus inteligentes cuidados, permaneció, sin embargo, presa de una parálisis casi completa; pero aun en las puerias de la eternidad había rehusado aquel perdon que imploraban para un culpable hijo las lágrimas de Luisa, y las exhortaciones de un virtuoso sacerdote.

Con el corazon desolado, con la frente tranquila, Luisa continuaba cuidando esmeradamente á su padre, enyos dias alargaba la ternura de su amor filial.

Una tarde de otoño, despues de comer, hallábase sola con el anciano, que recostado en un gran sillón, tieso, inmóvil, apenas habla conservado de la vida mas que una mirada inquieta y glacial: trató de hablar, y dijo con una voz incierta, entrecortada:

—Leed un capítulo del Evangelio.

Cogió Luisa el divino libro, el precioso volumen, donde el incrédulo encuentra la fe, el débil la fuerza, el moribundo la esperanza.

Abriólo con respeto. La invisible mano de un ángel había sido guiado la suya, porque el Nuevo Testamento se hallaba abierto en la parábola del hijo pródigo. La leyó ella con una voz conmovida: dijo los errores del insensato joven; el padre abandonado, la herencia disipada, la miseria y la vergüenza cayendo sobre la frente del rebelde hijo; el hambre que roe las entrañas; los pesares amargos que se alzaron en su alma; el dulce pensamiento de la casa paterna tan locamente abandonada: llegó á aquel grito del corazón: «me levantaré, é iré hácia mi padre y le dire: Padre mio, pequé contra el cielo y contra tí.»

Levantó los ojos: escuchaba su padre.

Volvió á tomar el sagrado libro: contó como aquel padre enternecido con la ausencia, y reconociendo á su querido hijo bajo la librea de la indignidad, lo acogió, lo acarició con lágrimas en los ojos, y abrazó al pródigo postrado á sus pies: su voz se confundió en los sollozos cuando leyó las últimas palabras del Salvador: «Es preciso alegrarnos, porque vuestro hermano que estaba perdido ha sido hallado; estaba muerto y ha resucitado.»

Cayósele de las manos el libro á Luisa: postrose de rodillas delante de su padre, diciéndole con voz penetrante:

—Jorge, padre mio, perdón... ¡Oh! perdón... en nombre de Dios que perdona.

Habiase roto la valla... Dios mismo había hablado, el señor de Tillegem hizo un esfuerzo para levantarse, sus labios paralizados se entreabrieron y dijo:

—Perdono á mi hijo.

Después volvió á callar. Su alma había volado con aquel supremo esfuerzo, y compareció delante de aquel Juez que ha dicho «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.»

VI.

EL TESTAMENTO.

Tres meses después de la muerte del señor Tillegem muchas personas se hallaban reunidas en su casa en medio de un salón cubierto de negro. Luisa parecía en el centro de aquel grupo. Al lado de ella estaba el maestro Panwells, el notario de la familia, muchos ancianos parientes, y un sacerdote confesor de su padre y suyo. Sobre la mesa, al lado de un pesado tintero de plata maciza velase un pergamino doblado, atado con muchos sellos, y que llevaba estas palabras: *este es mi testamento, Juan Tillegem.*

Reinaba el silencio, todos aguardaban. Luisa levantó por último los ojos, y dirigiéndose al notario le dijo:

—¿Asegurais, pues, que ha vuelto?

—Sí, señorita. Su navio *La Esperanza* ha entrado en Flesinga, y allí ha debido proceder por vía de delegación... Además, añado en voz baja y echando una ojeada sobre el misterioso testamento, yo no pienso que tendrá necesidad de salir de indiviso.

Luisa no dijo una palabra, oyéronse pasos en la escalera. Abrióse la puerta, y entró un hombre precipitadamente. ¿Quién hubiera reconocido al hermoso Jorge de Tillegem, tan gracioso y tan elegante antes, en un hombre en quien todo anunciaba una prematura vejez, la áspera pobreza, y los terribles pesares? Sus vestidos anunciaban que no había encontrado en las Indias aquella tan codiciada fortuna; su rostro devastado hacia tomado una expresión dura, casi feroz. No respondió á su hermana que le daba la bienvenida y le alargaba la mano: pero después de un momento de silencio dijo con amargura:

—Vengo á asistir á vuestro triunfo, Luisa.

—¿Mi triunfo?

—Sin duda no lo hareis; vos, la niña mimada, favorecida y enriquecida con todos los derechos...

—Silencio, señor mío, dijo el anciano sacerdote, y sabed que si estais honrado con el perdón de vuestro padre, vuestra hermana sola lo ha obtenido.

Jorge no dijo mas ya. Se sentó y ocultó su rostro entre sus manos.

Levantóse el notario después de haber saludado á los concurrentes, y dijo:

—Estamos aquí reunidos para tomar conocimiento de las últimas voluntades del noble y honorable señor Jacobo de Tillegem. Vamos á proceder, pues, á la lectura de esta acta:

Tomando entonces el testamento rompió los sellos y leyó:

«En el año del Señor mil seiscientos veinte y dos, el día veinte de agosto, yo Jacobo de Tillegem, hallándome en el pleno y cabal uso de mis sentidos y conocimiento, en completa salud, he escrito de mi mano estas últimas disposiciones. Habiendo recibido de mi hijo Jorge las mas graves ofensas, y no habiendo encontrado en su conducta ni virtud, ni obediencia, ni juicio, declaro por el presente, hecho y firmado de mi mano, que le privo de todos sus derechos á las herencias y sucesiones que he recibido de mis antepasados, que he aumentado con mis propias adquisiciones, y que lego estos derechos á María Luisa Tillegem, mi querida y amada hija.

«Legó asimismo á mi hija muy amada todos los bienes muebles é inmuebles de que sigue la enumeración...»

Reinó un profundo silencio. Hallábase pálido Jorge, y apretaba su sombrero entre las manos crispadas.

Luisa se levantó y dijo con voz tranquila:

—Maestro Panwells ¿la fortuna de mi señor padre es mía? ¿Me pertenece? ¿Y puedo disponer de ella libremente?

—Seguramente, señorita. El acta está en debida forma.

Luisa cogió el testamento y lo rompió, arrojando los pedazos al fuego. Después dijo, tomando á su hermano de la mano:

—Jorge, mi padre te había perdonado! Cumple con su última voluntad, que no ha podido manifestarte.

Dividamos estos bienes, querido hermano, y seamos felices.

VII.

MATRIMONIO.

—Es preciso que esta muchacha sea mi hija, decía la viuda de Vivario al anciano notario Panwells que acababa de referirle la conducta de Luisa.

En efecto, aquella misma noche la anciana dama tuvo una larga conferencia con la joven: la abrazó muchas veces llamándole su querida hija, y se separó de ella llena de ternura.

—Entonces, mi querida señorita, dijo el anciano sacerdote, á quien la señorita de Tillegem confió el secreto de su próximo matrimonio, ¿por qué habeis renunciado el matrimonio con ese joven cuando os lo proponia vuestro padre por marido?

Respondió con aquella humildad que es el apoyo de la virtud:

—Conocia las intenciones de mi padre, empeño desconfiaba de mi misma. Casada, madre de familias, con muchos y urgentes intereses que sostener, quizás no hubiese oido la voz de la justicia... tal vez hubiera sacrificado mi hermano á mi deber.

—Pero renunciabais á vuestra felicidad.

—¿Y no debía hacerlo? respondió con candor.

Se casó, y fué dichosa, feliz y considerada de todos. Su hermano, semejante al árbol de que habla el Evangelio, y que herido con la maldición divina se secó, sin dar fruto, su hermano, vivió consumiéndose, y murió después en la flor de su edad víctima de sus pasiones, y agobiado con el peso que hace bajar las mas altivas frentes: *el remordimiento de una falta irreparable.*

FERNANDO BELTRAN.

MISCELANEA.

EL DEUDOR.—Un mal pagador hizo una obligación de cierta cantidad pagadera á voluntad: fué llamado ante el juez, y reconvenido de no haber pagado después de tres años que habian pasado, dijo:

—Señor, la obligación es pagadera á volun-

dad, y esa voluntad aun no se ha presentado en mi imaginación...

—Aguacil, dice el juez, á ver, ponga vd. á ese señor deador en la cárcel, y avisarme cuando le venga la voluntad de pagar para sortarle.

EL LACAYO Y SUS AMOS.—Lacayo ¿por qué habeis llorado á mi hijo? Dadle siempre lo que os pida.

—Señora, aunque grite hasta mañana no tendrá mas ni menos.

—¿Como se entiende? Sois un impertinente y mal hablado; yo os mando que no hagais rabiar al niño, y que no le contrariéis sus gustos; y así nunca le negreis lo que pida.

—Señora eso no puede ser.

—Sois un atrevido y testarudo, y voy á decirselo á mi marido: aquí viene.

—Esposa mia, ¿qué es eso? ¿de qué se trata?

—¿Qué ha de ser? Tu lacayo que es un parlador y desobediente; continuamente está haciendo llorar al niño, á mí á cada momento me está impacientando y perdiendo el respeto; y no es mas que por el empeño que ha formado en contrariar al niño, cuando le tengo mandado que no le prive de ningún gusto, y de al momento cuanto se le antoje: en fin, es terco como buen vizcaino; yo no le puedo aguantar, y es preciso despedirle.

—Pero Julian, dice el amo, ¿cómo faltas así á tu ama? Eso no es regular, y no es la primera vez que te hemos reconvenido por lo mismo; y así es preciso que seas condescendiente con el niño, dándole todo cuanto pida, ó márchate hoy mismo de mi casa.

—Señor, yo saldré, si quereis, pero yo no puedo convenir en dar al niño los gustos que quiere, á no ser que vos tengais la gracia de alcanzarlos; mas yo no puedo vencer imposibles: son las diez de la noche, y el niño quiere ahora que le lleve al sol; ayer se le antojó, con tantos gritos como hoy, que le alcanzase la luna; el otro día queria meterme un cachillo en los ojos y después cambió de antojo empeñado en que le habia yo de vorlar la lengua... Estos son los gustos que tiene, y que yo no le he podido dar; los demas, aunque nada regulares, nunca se los he negado; ayer se empeñó en que habia de quitar en la bodega las cañillas á todas las cubas de vino, y habeis perdido toda vuestra cosecha, pues sabeis que para comer habeis mandado por vino á la taberna.

A estas palabras se miraron marido y mujer, y no supieron qué replicar, dando motivo á que todos se echasen á reir: conocieron su imprudencia, y prometieron corregirse, y corregir los vicios y resabios que su hijo tenia para que en su mayor edad no le fuesen perjudiciales, y viluperase la mala direccion que se habia permitido á sus inclinaciones desde la niñez.

Habiendo presentado don Francisco Velasco un memorial al rey Felipe V, no recibió respuesta alguna. Presentó otro al cardenal Portocarrero y tampoco fué oido. Se dirigió al presidente de la Cámara de Castilla, y aquel magistrado le dijo que no podia nada. Por fin, se dirigió al duque de Harcourt, y el duque rehusó mezclarse en sus negocios.

—¿Qué gobierno, señores! dijo Velasco, un rey que no despacha, un cardenal que no escucha, un presidente de la Cámara de Castilla que no puede nada y un embajador de Francia que no quiere mezclarse en negocios.

Esta ocurrencia feliz fué el objeto de todas las conversaciones.

ANDALUZADA.—Un andaluz decía que en un desafío habia pegado á su contrario tan bien contra la pared, que cuantos lo vieron después lo tomaban por una pintura al fresco.

NAVIA.

Director y Editor Don Francisco de Paula Melillo.

MADRID: 1837.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Santa Teresa, n. 8.